

www.elboomeran.com

Giuseppe Cesare Abba

**CRÓNICA DE UN
TIEMPO PERDIDO**

TRADUCCIÓN DE MARTÍN LÓPEZ-VEGA

EDITORIAL PERIFÉRICA

Los muchachos del 48, en los días en que Carlo Alberto era cantado por todos los corazones, oían contar a los viejos que una noche de marzo de 1821 el tambor del mensajero había despertado a todo el país, que el mensajero, en medio de la oscuridad, andaba por las calles gritando entre redoble y redoble: «Urdin du scindic, a v' farz savèi che da duman er prinzi d' Carignan l'è nost Suvran».¹ Se contaba que aquellos redobles, aquellos gritos, habían hecho asomarse a la gente a las ventanas de sus casas, preguntándose unos a otros. Había quien se atrevía a preguntarle al mensajero, que era, por lo demás, un personaje temido: «¿Qué has dicho?». Pero elregonero

¹ En piamontés en el original. «Escuche el alcalde, se hace saber que a partir de mañana el príncipe de Carignano será nuestro soberano».

seguía adelante, redobla que te redobla, y gritando sin parar aquellas palabras. Se oían ventanas que se cerraban, y alguna puerta que se abría; los más curiosos se atrevían a salir de casa, y daban vueltas buscándose los unos a los otros para enterarse de algo, e iban a ver a los panaderos, que por lo menos trabajaban al calor del fuego. Hacia el alba se había extendido ya por todas las casas la noticia de que el alcalde había recibido hacía ya bastantes días una carta del Gobierno cuyos sellos sólo podrían ser abiertos a la medianoche, y, junto a la carta, la orden de llevar a cabo lo que en ella se le ordenaba. El alcalde estuvo despierto hasta las doce de aquella noche, y después de abierta la carta, había cumplido con su deber; pues de esa manera su ayuntamiento, como, de hecho, todos los ayuntamientos del reino a la misma hora, había oído la proclamación del Príncipe de Carignano: proclamado, además, soberano y no regente. Quizás el mensajero comunal, por cuya boca salió el mensaje del alcalde, dejó de decir alguna palabra que le resultaba demasiado difícil de pronunciar, pero los viejos lo contaban siempre de la misma forma y sin cambiar una sola coma.

Se contaba que al día siguiente tomó la aldea una gran agitación, y que las familias de cierto rango formaron enseguida dos partidos, seguidos cada uno por una parte del pueblo, un poco de aquí y un poco de allá. Entonces –si seguimos estos relatos– todos aquellos que desde hacía seis o siete años se habían mantenido reclusos en sí mismos por miedo a tener que pagar toda de una vez su infidelidad al rey y sus amistades del tiempo de los franceses, alzaron un poco la cresta; los otros, que se habían acostumbrado enseguida con alegría al antiguo andar y dejaban a los otros por jacobinos, se quedaron callados, amenazando discretamente a quien hiciera intención de descubrirles, a la espera de saber qué ocurriría realmente. No sabían qué podía pasar, pero bien podía ser que viniera de camino alguna diablura a la francesa, como la de los tiempos de su juventud.

Durante los días siguientes, un poco hoy, un poco mañana, la gente se fue enterando de que en Turín habían hecho la revolución, que una mañana habían despertado al Rey para darle la inesperada noticia; que la había recibido con más dolor que cólera; y que, aunque viejo, se había

mostrado preparado para montar su caballo e ir él mismo a someter a la ciudad y al ejército a su obediencia. Pero, tal y como se contaba, sus consejeros le habían jurado que tal cosa no era posible sin derramar sangre de soldados y ciudadanos, y que por eso él se había decidido a quitarse la corona, para que la tomase su hermano más joven, que entonces estaba en Módena junto a su cuñado, el Duque. ¿Módena? Será la capital de algún otro estado, había dicho la gente al escuchar tal nombre. Entonces tomaron la palabra quienes habían sido soldados de Napoleón, y explicaron qué era Módena, y daban un mandoble al aire en la dirección de aquella ciudad lejana. Esos mismos sabían de tantas otras ciudades de Italia, Francia, España, Alemania e incluso Rusia; sabían más que el alcalde, que el arcipreste, que todos juntos; y eran ellos quienes decían incluso que el Príncipe de Carignano no era ni hijo ni nieto del Rey, sino primo, y además primo lejano, aunque eso sí, descendiente de un príncipe de Saboya que se había establecido en Francia hacía muchísimos años. La gente les escuchaba, pues de las cosas nuevas siempre se recibe algún bien, al menos al principio, y por el

momento se contentaban con que el Gobierno nombrado por el Príncipe hubiese bajado el precio de la sal.

Después comenzaron a escucharse cosas más graves. En principio parecía que no hubiese nada que temer: lo que parecía avecinarse no era más despotismo, sino libertad. Constitución. Lo que quería decir que nunca más un alcalde podría ponerse de acuerdo con el párroco y con el brigada para perseguir, encarcelar y mandar a Cerdeña a nadie. Pero los amigos del despotismo, los que no habían dejado de vestir la misma coleta, el mismo sombrero, las mismas calzas ni siquiera en el tiempo de los franceses, esos no tardaron en maldecir la misma palabra Constitución, y cuando tenían que referirse a ella la llamaban Constipación.

Y hubo enseguida un gran movimiento de soldados. Los aldeanos eran reclamados por las banderas, y marchaban alegres o murmurando, según el humor: pero todos sentían que la guerra estaba cerca y que verían de nuevo a los germanos. Éste era el nombre que se usaba para denominar a la gente que venía de los países del Imperio; y muchos, al pronunciarlo, recordaban

un dicho de cuando los austriacos habían pasado dos años en Langhe, antes de la batalla de Montenotte. Más vale tener enemigos franceses que amigos germanos, decía aquel refrán; los germanos debían haber atormentado realmente a aquellas gentes. Pero no faltaban quienes los invocaban de corazón: familias que habían dominado las tierras de Langhe cuando habían pertenecido al Imperio, como si alguien las hubiera puesto en el lugar de los condes y de los marqueses en las ruinas de los castillos; y esas familias, incluso después de que la casa de Saboya comprase a Austria aquellas tierras feudales, no habían perdido su soberbia, y despreciaban en secreto el 21, y menospreciaban, de forma cauta pero evidente, al nuevo gobierno, y evitaban mencionar a los ministros de la Constitución.

Corría como palabra de buen augurio el nombre de Santarosa y el de otros muchos nobles del Reino. De Santarosa se contaba que era hijo de un coronel muerto en 1796 en la batalla de Mondovì contra los franceses, y aquí y allá, en aquellas tierras, había quien conocía a aquel valiente por haber estado a sus órdenes en la defensa de los Alpes marítimos, antes de que por Monte-

notte entrase en el país el general Bonaparte. Con aquellos hombres a la cabeza las cosas tenían que salir bien a la fuerza.

No tardaron en alegrarse los que se habían entristecido, los que habían despreciado los cambios y los que habían preferido mantenerse a la espera, callados hasta saber qué ocurriría finalmente. De Alessandria salieron por el valle de Bormida noticias de más lejos, de la otra parte del reino, allá por Lombardía. El príncipe de Carignano, desaparecido de Turín, había ido a los campos donde se encontraban los regimientos que se habían inclinado por la Constitución y se había refugiado entre quienes habían permanecido fieles al Rey absoluto en Novara, apoyados por los austriacos, que habían salido de Milán para caer sobre los constitucionales. Se hablaba de los generales La Tour y Bubna de una manera confusa, más tarde se mencionaba el nombre del río Agogna, en cuyas orillas se había producido un combate en el que los constitucionales habían perdido todas sus esperanzas. Y esto produjo un gran desaliento en todo el mundo, incluso en aquellos soldados que, sin haber sido reunidos a tiempo para el hecho de armas, vol-

vían sobre sus pasos para ponerse a salvo por miedo a ser fusilados.

Si aquellos viejos que contaban tales cosas a los muchachos de después del 48 hubieran pensado en escribirlas mientras las vivían, ahora leeríamos, seguramente, páginas de crónicas bastas pero preciosísimas por los minutos particulares, que les darían el color y el espíritu de los hechos mejor que la propia Historia. Leeríamos que mucho después de la infeliz prueba de armas en el Agogna, pasó una noche por el valle de Bormida, por Spigno, por Dego, una carroza que se detuvo en Cairo, en la pequeña plaza del lugar, que se encontraba desierta a aquella hora tan tardía. El cochero descendió de la carroza y fue a llamar a una puerta tras de la cual salían unos ruidos sordos, seguramente de masa mezclada por algún panadero. La puerta se entreabrió de forma tímida, y entre el hombre de dentro y el cochero se intercambiaron unas pocas palabras. «Allí –dijo el panadero, señalando la casa de enfrente–, está en aquel palacio de allí.» El cochero volvió a la carroza y habló con quien se encontraba dentro. Entonces una cabeza se asomó por la ventanilla y una voz llamó en alto: «¡Caballero Stellani!». Casi in-

mediatamente se iluminó la vidriera de un balcón de aquel palacio, que no tardó en abrirse. «¿Quién llama?», preguntó una voz. «Yo, Santorre», fue la respuesta. «¿Tú? ¡Desmonta y ven aquí!» «No, baja un momento.» «Espera.» Y en pocos instantes el caballero se acercó hasta donde se encontraba el viajero. Lo que dijeron no pudo oírlo el panadero, que había salido a curiosear, pero el coloquio fue corto. Adiós, adiós, seguramente no volveremos a vernos. Palabras amargas. Después, la carroza partió, y el caballero se quedó contemplándola hasta que se apagó el ruido de las ruedas sobre el empedrado. Sólo entonces entró de nuevo en casa, lento y afligido.

El caballero Stellani había militado como oficial en la Joven Guardia de Napoleón, y en el 21 pertenecía al ejército del Rey. Tenía una cicatriz en la mejilla, huella, según él y sus amigos, de un sablazo recibido en batalla; según los enemigos que tenía en el pueblo era, sin embargo, la marca del golpe que se había dado contra una esquina de piedra al caerse del caballo cruzando un puente. Decían incluso cuál era el puente, en Trento. Del mismo modo maliciaban sobre el coloquio de aquella noche con Santorre Santarosa. Para los

enemigos, era una reprimenda por no haber ido a Turín y Alessandria a sumarse a la revolución; pero para los amigos se trataba de un cálido ruego de Santorre para que ayudase a quienes venían en dificultades por detrás y pasarían, a no mucho tardar, por el valle y la aldea.

Al día siguiente se vio a lo lejos una polvareda señalando la marcha de un gran grupo de gente que se acercaba remontando el valle. Era domingo. Los campesinos salían de los angostos valles, bajaban de las colinas, aparecían de repente en los bancales de la Bormida y contemplaban a aquella gente, que caminaba como si alguien en cabeza les fuera guiando. No eran soldados, por más que entre ellos se pudiera ver a algunos hombres con uniforme militar, aunque sin armas; vestían casi todos como señores, y señorial era su aspecto.

El caballero Stellani había avisado a sus amigos, y, por eso, cuando aquella gente se acercó al puente que conduce a la ciudad, estaba allí para acogerlos un buen grupo de aldeanos que los condujo a un jardín donde se había dispuesto todo lo necesario para alimentarlos. Nadie grita, nadie gesticula: silencio y respeto. Incluso la mu-

chedumbre de fuera permanecía en silencio. Acabado el almuerzo, los prófugos, que serían unos quinientos, casi todos estudiantes de la Universidad de Turín, recibieron también ropa, calzado, dinero aquellos que no lo tenían, y volvieron a ponerse en marcha, acompañados por los menos miedosos, porque miedo tenían todos un poco. Ya se había vuelto a hablar de Carlo Felice, que desde Módena había gritado su cólera; y había paisanos que lo sabían, y ya reían a espaldas de los sublevados, a los que llamaban «estreñidos». Incluso el vulgo se deleitaba con este estúpido e injurioso nombre.

Los prófugos no se habrían alejado más allá de cuatro millas, y alguno de los más cansados puede que anduviera aún más cerca. En aquellos tiempos no era el camino muy distinto al de la edad de los castillos: sendas de lindes bien señalados, y celosamente separados los territorios de los distintos municipios. En las casas de la aldea se hablaba de los prófugos o bien o mal; según el partido que hubiera adoptado cada cual, se esperaba o se temía que en el siguiente pueblo al que fueran a parar los trataran de forma espantosa, aunque sólo fuera por el maligno gusto por el

contraste. Mientras tanto había llegado a la aldea la hora del crepúsculo; las calles estaban desiertas y en la iglesia se amontonaba la gente. Los pocos que andaban paseando fuera de la aldea fueron testigos de la súbita aparición de un soldado a caballo, que atravesó el puente como un rayo, se dirigió a la calle principal, la recorrió entera haciendo saltar chispas de los adoquines, dio la vuelta enfilando de nuevo el camino del puente y desapareció. Y entonces llegaron de aquel lado de la aldea algunos ciudadanos jadeantes, que a toda prisa llevaron a la iglesia una gran noticia. ¿Habían llegado los germanos? El párroco, que estaba predicando en el púlpito, lo abandonó raudamente; el alcalde y los concejales se levantaron de su banco, corrieron hacia el cura, y en presencia del resto de la gente del pueblo, en pie y dubitativo, se pusieron a hablar en voz alta, como si estuvieran en la plaza. ¡Los germanos estaban allí! ¿Y qué hacer? ¿Salir a buscarlos? ¿Quién sabía lo que podría ocurrir!

El alcalde quería ir él mismo. El párroco no estaba de acuerdo; era demasiado fogoso, no hubiera sabido hablarles. «Mejor tú, mejor vosotros, mejor yo; en definitiva, mejor vayamos

todos –dijo por fin el párroco–, pero que el pueblo se quede en la iglesia rezando. Cuando estemos ante el comandante germano, seré yo quien hable; y el alcalde que prometa estarse callado.» «Ya veremos», murmuró el alcalde.

Y allá fueron todos, hablando, gesticulando, discutiendo, hasta que desde una curva del camino avistaron a los soldados y entonces se reagruparon y continuaron caminando en silencio. Sólo el alcalde parecía más resuelto.

Como a media milla de la aldea, en un gran campo cultivado, que alegraba los ojos de los caballos casi más de lo que alegraba el espíritu de los hombres, se encontraba un escuadrón de húsares húngaros apeados. Los oficiales, reunidos en torno a un mayor, miraban hacia donde él señalaba: en dirección a unos montes que cerraban un valle con un pequeño racimo de casas y una gran torre cuadrada, alta, construida como pensando en un gran dominio. Cuando el párroco y los quince o veinte que iban con él fueron conducidos por un sargento ante aquel comandante, el alcalde hizo ademán de querer lanzarse a hablar el primero. Pero el párroco, que llevaba la cabeza descubierta y se tapaba el pecho y casi

la cara con el gran sombrero, comenzó a decir en latín palabras de elogio al mayor y a sus oficiales, dándoles la bienvenida en nombre de sus parroquianos. El discurso iba bien encaminado, el comandante ponía buena cara, no parecía enemigo; pero el alcalde bullía, quería hablar, estalló: y en lugar de quién sabe qué otra cosa que hubiera rumiado por el camino le salió gritar: «¡Nos non timemus vos!». Todos temblaron, el párroco suspiró, pero no ocurrió nada malo.

A los viejos que en el 48 seguían contando la escena les parecía oír todavía el ataque de risa de los húngaros, y decían que había que haber visto cómo el párroco había fijado sus ojos en los del mayor para hacerse una idea de hasta qué punto le habían molestado las palabras del alcalde. Pero recordaban con gusto que a los ofrecimientos de saciar cualquier necesidad suya y sus hombres, el oficial había respondido que conocía ya la bondad de los habitantes del lugar, y que se había puesto a recitar el nombre de los montes de los alrededores y de aquella gran torre y aquel racimo de casas que tanto había mirado: Carretto, Carretto. ¡Qué maravilla! Además, provocó la curiosidad de todos diciendo que cuando era muy

joven había estado por aquellos lares con los rusos, persiguiendo a los franceses que huían tras la batalla de Novi en el 99.

¡Perseguir! Entonces, en el 21 aquel húngaro también se dedicaba a perseguir. Pero parecía que lo hiciese de mala gana, porque preguntó casi distraídamente si los fugitivos habían continuado su marcha o estaban aún en la aldea. ¿Actuaba así por sentimiento propio o había recibido órdenes de seguir de cerca, pero sin alcanzarlos, a los fugitivos? Si era así, ¿quién podía haber dado una orden semejante? Aquellos viejos, que en el 48 sentían el ardor por Carlo Alberto, querían creer y hacer creer que había sido por ruego suyo, Príncipe de Carignano, castigado pero acogido por el comandante supremo austriaco Bubna, que había penetrado en el Piamonte. Quizás formulaban sin saberlo una pregunta a la Historia que no sería planteada por nadie más, y que quizás nadie podría responder llegado el caso. Pero si se piensa en que todos los revolucionarios del 21 pudieron ponerse a salvo, como si realmente alguien hubiese ordenado darles el tiempo necesario, estaría bien poder creer y probar que aquel mayor húngaro cumplía órdenes al respecto.

No recuerdo bien qué otras cosas se contaban en el 48 sobre aquel escuadrón, si aquellos húngaros habían estado luego descansando en la aldea o si habían seguido su marcha aquel mismo domingo. Recuerdo, sin embargo, haber oído decir que fueron hasta el cerro de Cadibona, desde donde se ve el mar, pero no sé si de regreso a Lombardía habían vuelto a pasar por el valle.

Y recuerdo con agrado haber conocido vivo, allá por 1866, a un hombre que en el año de la revolución piamontesa, ahora ya tan lejana, había hecho algo por lo que él, muy viejo ya entonces, era aún considerado el hombre más valeroso del valle. Había combatido en las guerras de España con el mariscal Suchet y había regresado con una hermosa cicatriz de un sablazo en la frente y con otra en el pecho, traspasado por una lanza española. Contaba que se había guarecido en la tierra desnuda, en una zanja que había en el campamento. Caído Napoleón, él, restituido al Rey de Cerdeña, había entrado como sargento en el regimiento de infantería Alessandria, y una vez que estalló la revolución del 21, le ascendieron a oficial y le nombraron abanderado del regimiento.

Él había custodiado la bandera después de la derrota de Agogna, marchando con los suyos, y después en solitario hasta Acqui, y de allí a la aldea de Ponzzone y el cerro. Quería guardarla hasta que se presentase la ocasión de entregársela a su coronel. ¿A dónde ir a buscarlo, dónde podría encontrarlo? No le dio tiempo a pensar más, porque fueron los carabineros quienes lo buscaron a él. Pero entonces se encerró en el campanario de la iglesia parroquial, y desde aquella altura escuchó las amenazas e intimidaciones de los carabineros sin aceptar rendirse. Al final, muerto de hambre, se ofreció a entregar la bandera al obispo de Acqui. ¿Había pasado por la mente simple de aquel hombre fiero algún recuerdo de juventud que le enterneció el corazón? Se hizo todo como él quiso; y la bandera del regimiento Alessandria, ya condenado a la disolución y a perder por oprobio el nombre, pasó de sus manos a las del obispo. Aquel hombre fuerte era Cirio de stirpe, pero como hablaba siempre de su coronel en las guerras de España, Olini, todos le llamaban Lino. Cuando le sometieron a un consejo de guerra (en el que fue absuelto, pero que sirvió para que le licen-

ciasen del ejército), se adaptó y se convirtió en guardabosques de su municipio, y vivió como vivió durante veintisiete años con tres cuartos de lira al día, en un tugurio en el bosque. ¡Y ay de quien osara, en su presencia, hablar mal del Príncipe de Carignano! Dulce es también recordar la fiesta que toda la aldea organizó en su honor en el 48, cuando le fue devuelto su grado y le fue concedida la pensión de veterano de la casa real de Asti. Él pidió, en lugar de eso, que le enviaran a la guerra, pero no fue aceptado. Era demasiado viejo; pero cuantos fueron aquel año enviados a Goito y después a Crimea y a San Martino, ¿no encontraron acaso su mejor inspiración en el ejemplo de aquel viejo?

¡El valle de Bormida, destinado a pequeñas cosas de paz y grandes tristezas de guerra! En el 21 pasaron Santarosa, sus secuaces prófugos y los húngaros que les dejaron ir hacia el destino al que se habían consagrado; en el 49 pasó Carlo Alberto, también él de camino al exilio. No exactamente en una crónica, sino en un libro compuesto con los recuerdos de un muchacho, idealizados por el adulto en que se convirtió, está escrito lo que sigue:

23 de marzo de 1849

Un poco de nieve llegó como de broma y enseguida desapareció. Apenas queda alguna mancha blanca sobre las cumbres, en las que el verde ya se adivina. Pero la gente ha dicho: «Pobres soldados nuestros, ¡en la guerra, y con este tiempo!» ¿Así que hay guerra de nuevo? Algunas mujeres que hilaban perezosas al sol decían que este año las golondrinas tardaban en volver y que eso es un signo de desgracia.

–¡Desgraciadas, eso es lo que sois vosotras, unas desgraciadas! –gritó el capitán Lino–. ¡Vosotras, necias y podridas por las supersticiones!

26 marzo de 1849

Esta mañana mi padre me llevó con él a pasear, como suele hacer cuando está de mal humor. Yo me decía para mis adentros: ¿qué le pasará? Fuimos hacia el puente, sin dirigirnos la palabra. Unos treinta pasos por delante de nosotros iba el capitán Lino, y en sentido contrario a nuestra marcha venía una carroza al trote. Cuando pasó la carroza junto a él, tembló, se sujetó el gorro con las manos y gritó: «¡Carlo Alberto!». Mi padre corrió a sostenerlo; pensamos que se

desmayaba. Al pasar, vi en aquella carroza una capa gris, dos grandes mostachos blancos, dos ojos que me miraron bajo el ala de un sombrero remachado en plata al irse. Sentí un gran dolor; me parecía que el camino, el puente, y todo alrededor, lejano, sufría un gran padecimiento, abandonado por aquella carroza que se llevaba al Rey.

–¡Era en verdad Carlo Alberto! –le dijo mi padre al capitán Lino.

–¡Carlo Alberto! –repitió el viejo como un eco–. Desde luego ha sucedido una gran desgracia.

Esta noche mi padre no ha cenado, y mi madre tampoco. Los más pequeños picoteamos algo. Cuando la sirvienta ha venido con las lámparas de aceite, dando las buenas noches, mi padre le ha dicho: «Llévatelas». Así que permanecemos en la oscuridad, de modo que luego todo el mundo se ha ido a la cama sin dar las buenas noches a los demás, todos melancólicos como si fuera la noche de difuntos.

Sendos racimos de casas a ambas orillas del Bormida, un puente que las une; cerros que se perfilan claros sobre el fondo sombrío de los montes, a los que une como un lazo el Settepani; álamos a la orilla del río; castaños en los cerros; manchas de abetos en los montes; y afuera, a un paso de la aldea, el convento Calasancio, que las gentes de los alrededores llaman sin más Colegio de Carcare, dándole el nombre mismo que tiene la aldea; dulce visión de conjunto para quien allí vivió y amó a alguien o algo.

Hacia 1846 había en aquel colegio un grupo de curas de mediana edad, algunos de los cuales, si de jóvenes hubieran decidido quedarse en el llamado «siglo», se habrían hecho de la Joven Italia de haberse encontrado con Mazzini o cualquiera de sus secuaces. Otra parte de ellos, la